

MENSAJE DEL SUPERIOR GENERAL



Juan María de la Mennais ha sido nuestro guía durante estos 25 días.

Nos ha gustado su cercanía. Hemos caminado con él por las avenidas de la Casa Madre. Hemos escuchado mejor su llamada a vivir por Dios Solo.

Con los Laicos que nos han acompañado, nos ha gustado también seguir las huellas de nuestro Padre Fundador en St-Malo y en la Chesnaie, lugares tan queridos para él, y donde lo encontramos en compañía de su hermano Féli.

Pero ha sido principalmente en la Capilla, alrededor de su tumba, donde nos hemos sentido a gusto, rogándole y escuchándole con toda franqueza, dejándonos penetrar por el Espíritu que hacía arder en él el deseo de evangelizar a los niños y jóvenes. Hoy estamos más dispuestos a entregar nuestra vida para que los "pobres niños" a quienes somos enviados, sean salvados.

Este Capítulo ha sido un tiempo de gracia para nosotros. Esperamos que lo sea también para toda la Congregación y la Familia Menesiana. Gracias a los nuevos medios de comunicación, muchos han podido seguir día a día los acontecimientos que han marcado la vida de nuestra Asamblea. Ahora, es a través de nuestra palabra y nuestro testimonio como ellos llegarán a captar la profundidad del mensaje.

Somos una Familia compuesta por Hermanos y Laicos menesianos.

La presencia de los Laicos durante cinco días en la Casa Madre ha enriquecido nuestros intercambios y nos ha ayudado a entender mejor lo que estamos llamados a vivir juntos. Han despertado en nosotros un nuevo deseo de responder mejor a nuestra vocación de Hermano caminando con ellos, viviendo la misión educativa dentro de una rica experiencia eclesial de comunión, que es un signo del Espíritu. Han expresado su deseo de ir más allá en la fraternidad con nosotros. Nosotros, los Hermanos, queremos responder con ellos a las llamadas que hoy nos hace Dios. Unos y otros, nos sentimos invitados, en una verdadera relación de fraternidad, a encontrar nuevos caminos para construir el Reino.

Ahora, nos dirigiremos de nuevo a nuestros Hermanos, a los Laicos y a los jóvenes. Con ellos nos vamos a comprometer en una nueva evangelización.

Para nosotros, evangelizar es ser enviados a los niños y jóvenes.

Hemos sido llamados por Dios, no para ser ante todo felices en este mundo, sino para que el Reino de Dios sea anunciado a los pobres.

Por lo tanto, estamos llamados a ser mensajeros del Amor, testigos de Aquel a quien el Padre envió a este mundo para salvar a este mundo y no para condenarlo. Somos hijos del Padre en el Hijo único, hijos enviados.

Vamos a donde se nos envía, procurando no hacer más que la voluntad del Padre.

Somos los hermanos, los amigos y los discípulos de Aquel que hizo todo lo que el Padre le dijo.

Así entenderemos mejor este "Dios Solo" que tan amenudo nos gusta cantar.

Nos encanta el sentido de este voto de obediencia que el Padre de la Mennais pedía a sus Hermanos.

De esta manera nos libera de nosotros mismos y nos hace plenamente disponibles para el anuncio del Reino allá donde él quiera.

Para nosotros, evangelizar es tener un corazón misionero.

Salir de nuestro país, abandonar nuestras costumbres, dejar lo conocido, correr el riesgo de abrirse a otras culturas para ayudar a otros cohermanos o para abrir una nueva misión para educar a los niños pobres, prestar nuestra ayuda a aquellas y aquellos que están al servicio de los más desfavorecidos en cualquier parte del mundo, tener un corazón tan grande como el mundo, éstas son las llamadas que Dios sigue dirigiendo hoy a la Congregación y a la Familia Menesiana.

Siguiendo a nuestros predecesores que sembraron la Palabra lejos de sus países, entregando su vida con tanta generosidad, nosotros queremos continuar con este esfuerzo misionero.

No falta la generosidad, especialmente entre nuestros Hermanos jóvenes y en muchos jóvenes y Laicos menesianos. Con ellos, seguiremos respondiendo a las llamadas del Espíritu a dejar nuestro país para ser testigos de la misericordia de Dios.

Para nosotros, evangelizar es darnos cuenta de que somos responsables de la salvación de los jóvenes.

Los jóvenes son el futuro y la alegría del mundo. Ellos representan el regalo más hermoso de Dios. Pero también es el más frágil.

Nosotros somos sus ángeles de la guarda. Estamos junto a ellos como el pastor que cuida todas sus ovejas y no quiere que se le pierda ninguna.

Queremos caminar con ellos, escucharlos y ayudarlos a encontrar el camino de la libertad y de la humanización. Es un camino que lleva a Cristo.

Estamos llamados a ser Cristo en medio de ellos.

Ésta es una vocación exigente, pero es muy hermosa, ya que es la del mismo Jesús.

Queremos hacer todo lo posible para que, en toda la Congregación, nuestros Centros educativos sean lugares que abran un camino de libertad que muestre a Cristo, el Amigo de los jóvenes. Sabemos que sólo Él puede ser su verdadero camino de realización personal.

Creemos en los jóvenes, en su capacidad de llegar a ser, a su vez, discípulos del Señor.

Creemos que muchos están habitados por su Espíritu aunque no lo conozcan.

Procuramos hacer que oigan la voz del Muy Amado del alma que llama a su puerta.

Con los Laicos de la Familia Menesiana tenemos una preocupación, pero en paz, porque confiamos en la Providencia, que es para cada uno de nosotros más que una madre, y que siempre nos inspira lo que debemos hacer para ayudarlos.

Para nosotros, evangelizar es creer que sólo el Espíritu sabe hablar de Cristo y dar testimonio de un encuentro que nos ha transformado.

Es el Espíritu Santo quien evangeliza. Vive en el misterio de cada uno de los niños y jóvenes a quienes servimos y en los adultos con quienes trabajamos en cada lugar.

Hoy más que nunca, es importante creer en el poder de la Palabra de Dios, una Palabra viva, más tajante que una espada que penetra los corazones y reaviva el amor.

¿ Cómo mostrar a Cristo a los jóvenes y a los niños, a sus familias y a los adultos que nunca han oído hablar de él ? ¿ Cómo proponer el evangelio de la vida a los que ya lo conocen, pero han dejado apagar la luz en su corazón ?

¿ Dónde encontrar los recursos necesarios para presentar a los jóvenes esta Buena Nueva, cuando hay tantas cosas que ocultan el rostro de Dios ?

En todos nuestros países, los jóvenes necesitan ser acompañados. Ellos buscan no sólo Maestros, sino sobre todo Testigos.

¿ Quién puede tener Fe en Cristo sin el Espíritu ? ¿ Qué puede decir aquel que no vive de la Fe en Jesús ?

Nuestra mirada sobre nuestros Hermanos y sobre nuestros jóvenes y adultos, debe ser la mirada de Cristo.

Hemos visto la urgencia de escuchar atentamente esta Palabra, que es el mismo Cristo que viene a nosotros para transformarnos en su imagen.

Sólo aquellos que siguen sus enseñanzas a diario, en lo secreto de su corazón, podrán después resplandecer de Amor, encontrar las palabras que den testimonio de él y, a su vez, mover los corazones.

No hay palabras para explicar estas cosas. Sólo la experiencia de la escucha interior del Espíritu revela el secreto del Amor del Padre a aquellos que, como nosotros, están llamados a ser, en Cristo, Cuerpo entregado y Sangre derramada.

Para nosotros, evangelizar es amar nuestra vocación de Hermano.

"Los consagrados son los especialistas de una misión que parte de las huellas de Dios en lo humano". (Salvatore Currò).

El encuentro con Cristo nos revela la riqueza y belleza de nuestra humanidad. Porque es en el corazón de lo humano donde Dios viene a nosotros. Éste es el misterio de la Encarnación. Nuestra humanidad es transfigurada en Cristo.

Es en el corazón de nuestra relación con los Hermanos, de nuestra relación educativa con los jóvenes, de nuestra estrecha relación con los adultos, como podremos llevar a cabo nuestro trabajo de evangelización. En el corazón de nuestras relaciones humanas es donde aparece una luz interior que sana. Ser santo es ser plenamente humano a imagen de Cristo. No lo hacemos nosotros solos, sino con nuestros Hermanos. Sólo las comunidades verdaderamente fraternas son capaces de asombrar al mundo y revelar a Cristo vivo.

Somos los Hermanos de nuestros hermanos, los Hermanos de todas las personas que acuden a nosotros y los Hermanos de los jóvenes. Porque somos los Hermanos de Cristo. Esta comunión será nuestra fuerza, recordémoslo siempre. Nuestra unidad es nuestra verdadera y única riqueza, duradera, que nadie nos puede quitar y que hace fecundas nuestras vidas.

Amamos nuestra vocación y queremos hacerla amar, no para nuestra gloria, sino porque es un regalo para el mundo y para la Iglesia y es una riqueza de vida para los jóvenes de hoy y del mañana. Amar nuestra vocación no es mirarse a sí mismo como en un espejo, sino amar la obra de Dios y darle gloria.

Transmitir nuestro carisma no es creernos el centro del mundo, sino desear que resplandezca en nosotros el rostro de Jesús que acoge a los niños, para gloria del Padre.

A través de la respuesta fiel a nuestra vocación, Jesús sigue acogiendo hoy a los niños y les hace crecer en humanidad. Él es la Vida que les trae la luz y la felicidad.

Amar nuestra vocación es también creer que la fecundidad de nuestra vida no depende de nosotros, sino del Dios vivo.

Pienso aquí, sobre todo, en los Hermanos que ya no pueden estar con los niños y jóvenes, por enfermedad o por edad, o bien porque la misión que les ha sido confiada no se lo permite.

Deben recordar que la fecundidad de su vida no se relaciona con la gloria personal derivada de ella. Jesús nos entregó su vida muriendo en la Cruz. Con Él somos la semilla que muere y da mucho fruto.

A través del ofrecimiento de nuestra vida, vivimos plenamente el carisma de la Congregación. La fecundidad de nuestra vida no se mide por la suma total de nuestras actividades, por muy adaptadas que sean a los tiempos que vivimos, sino que se mide por el amor.

Al entregar toda nuestra vida, ofrecemos la vida y despertamos la esperanza en el corazón de todos aquellos con quienes nos encontramos.

Conclusión.

Hermanos, al final de este Capítulo, deseo que gustemos de nuevo y vivamos estas palabras de Juan María de la Mennais: Tened "el deseo de seguir tras los pasos de Jesús, siendo mansos y humildes de corazón como él, y obedientes como él hasta la muerte, por voluntad del Padre celestial. ¡La Paz con vosotros! Paz en vuestro corazón, cuyos sentimientos y deseos se dirigen a Dios. Paz interior en todas vuestras facultades".

Me gustaría también que mantuviéramos como línea de conducta estas palabras de nuestro Fundador, palabras que cada uno puede llevar consigo para que le ayuden a seguir a Jesús todos los días, y a sostener a los jóvenes y adultos en la preparación de su modo de vida:

"Mantenerse siempre en una total dependencia del Espíritu de Dios y no entristecerle nunca. Estar atento para saber lo que pide de nosotros, consultarle a menudo, y cuando no sepamos qué determinación tomar, rogarle con renovado ardor que sea la luz de nuestro corazón."

Que por la plegaria de María, estemos siempre animados de un gran amor mutuo, y que esta comunión, dentro de la Familia Menesiana, lejos de encerrarnos en nosotros mismos, nos abra al mundo que Dios ama y que quiere salvar.

"¡Dios Solo en el tiempo! ¡Dios Solo en la eternidad!"

Hermano Yannick Houssay, s. g.
Ploërmel, 25 de marzo de 2012